

Monasterio cisterciense Santa María de Huerta

El viernes 23 de noviembre salimos de Madrid en un confortable autocar camino de uno de los monasterios más austeros y, no por eso, menos bellos de Castilla. Poco más de dos horas tardamos en llegar. Allí, nos estaba esperando nuestra guía oficial, Ana, una soriana entusiasta de su tierra, su cultura y su tradición.



Rápidamente, Ana nos mostró una maqueta del monasterio, que se encuentra en el exterior, para que nos hiciéramos una idea de la complicada edificación, ya que cuenta con dos claustros, algo poco usual.

Una breve historia del monasterio para empezar: fue fundado por el rey Alfonso VIII de Castilla, que puso la primera piedra el 20 de marzo de 1179, aunque el proyecto fue idea de su antecesor, Alfonso VII, que en 1142 trajo desde la abadía de Berdoues en Gascuña, Francia, una comunidad de monjes cistercienses. Lógicamente, estos monjes fueron alojados en un edificio muy pobre en un recinto llamado Cántabos situado en el municipio de Fuentemolge.

Dichos monjes fueron trasladados en 1162 a tierras del valle del Jalón, donde se iniciaron las obras de este monasterio. San Martín de Hinojosa fue el cuarto abad del cenobio, que hizo grandes reformas y transformaciones hasta convertir el primitivo edificio en otro de mayores dimensiones y de verdaderos rasgos cistercienses.

Otro de los grandes patrocinadores fue el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, sobrino de Martín de Hinojosa, que dispuso que lo enterraran en dicho lugar.

Patrocinadores importantes fueron los señores de Molina, que eligieron el monasterio como su sepultura incluyendo al primer titular del señorío, el conde Manrique Pérez de Lara así como a su hijo Pedro, ambos enterrados, junto con otros miembros de su linaje, en el panteón de los condes, ubicado en el claustro gótico.

En el s. XVI, al monasterio llegaron ayudas y beneficios de Carlos I y de Felipe II

En 1833, con arreglo a la desamortización de Mendizábal, fueron expulsados los monjes y sólo quedó la iglesia como parroquia. Lo que evitó que se vendiera y destruyera.



Enrique de Aguilera y Gamboa, marqués de Cerralbo, hizo un estudio exhaustivo de todo el monumento, haciéndose cargo de dar a conocer toda la historia y el inventario de obras de arte.



En 1882, fue declarado monumento nacional.

Desde 1930 reside una comunidad de monjes cistercienses de la estricta observancia, (OCSO) diferenciándose de los monjes cistercienses de común observancia, ambos siguen la regla de San Benito: ascetismo, rigor litúrgico y gran importancia al trabajo manual. Actualmente el número de monjes es de dieciocho.



Recientemente el nueve de septiembre de este año, el monasterio sufrió una riada por la barranquera de Torrehermosa rompiendo la muralla de contención del monasterio con gran virulencia por la sala llamada “De Profundis”, como pudimos comprobar y provocando graves daños.

Exterior: Todo el recinto se encontraba rodeado por una muralla con ocho cubos almenados. Se penetraba y, todavía se hace así, por un arco que ha sufrido distintas transformaciones; en el siglo XVI se rehízo la entrada, en cuyo frontón puede verse una imagen de la Virgen. En 1771, fue agrandado por un cuerpo superior (un frontón adosado) y una jarra de azucenas, símbolo de la pureza de María.

Fachada de la iglesia: Presenta un gran rosetón cuyos radios son columnitas y una puerta de arco apuntado con molduras lisas y molduras de dientes de sierra.

Interior: Entramos por la iglesia al pórtico o nártex donde descubrimos los primeros desastres de la inundación, pues han afectado a dos retablos que habían sido descolgados de sus respectivas capillas. Este pórtico tiene cúpula con nervaduras. En un lateral se encuentra el cenotafio del arzobispo don Rodrigo Ximénez de Rada, una de las joyas del monasterio, se sostiene por tres leones (originalmente eran cuatro) y en el lateral podemos ver representado al arzobispo con sus atributos. Una bellísima verja le separa de la iglesia, es obra rococó de 1766 y es por donde los conversos entraban a la iglesia, ya que los monjes lo hacían por una escalera interior.



Según algunas fuentes consultadas, los conversos eran laicos contratados para el cuidado de las huertas, según otras, eran monjes con barba que también trabajaban las huertas, cumplían los preceptos y vivían en comunidad. Probablemente, algunos de estos laicos acababan siendo monjes.

Por la puerta que utilizaban los conversos pasamos al hermoso **claustro plateresco**, doble, es decir integrado por sus cuatro crujías bajas del siglo XIII, góticas y por otras altas, del mejor renacimiento castellano, alzadas entre 1533 y 1547. Los medallones de la balaustrada representan principalmente reyes, monjes y personajes bíblicos, en los entreaucos de la galería oriental, los apóstoles.



A continuación, pasamos sala **de los Hermanos Conversos**, estancia de dos naves separadas por gruesas columnas y poderosos capiteles de piñas, es lo más viejo del conjunto, y uno de los más impresionantes del siglo XII cisterciense.

Muy próximo a este refectorio está la **Cilla** o almacén, del siglo XII, de estilo románico y su alfarje de herradura, muy sencilla, y sin bóveda. El alfarje es el techo con maderas labradas y entrelazadas artísticamente.



La **cocina gótica** es del siglo XIII, con una gran chimenea en el centro. Existe una ventana por donde se pasaban los platos al **refectorio de los monjes**. Este es una de las joyas del monasterio, que se construyó entre 1215-1223. Es un interior profundo, alto, bellamente abovedado, ventanales

rasgados, con vidrieras muy austeras propias del estilo cisterciense, sin policromía ni decoración, sólo dibujos geométricos y grises. Cuenta con una escalerilla y tribuna para el monje lector.

Claustro Herreriano del siglo XVII, en cuyo jardín encontramos dos estatuas: una de San Martín de Hinojosa, primer abad del monasterio, y la otra de don Rodrigo Ximénez de Rada, ambos enterrados en el altar mayor de la iglesia.



La **iglesia** es principios del siglo XII y finales del XIV, sigue el modelo tipo cisterciense, de cruz latina, tres naves y un crucero al que se abren la capilla principal y las dos capillas laterales. Las pinturas de la capilla mayor son de Bartolomé Matarana (1580) y en los muros se representan escenas de la batalla de las Navas de Tolosa. A ambos lados dos nichos vacíos de las que por un tiempo fueron tumbas de los duques de Medinaceli, con sus escudos señoriales. Pero lo que se lleva toda nuestra atención es el magnífico **Retablo**, con su imaginería, es de Félix Malo (1766). En el centro se encuentra la Virgen. A ambos lados San Benito y San Bernardo y otros monjes de la orden benedictina. Hornacinas abiertas al exterior

dejan pasar la luz. La sacristía del siglo XVII era el antiguo Capítulo del XII.

Volvemos al claustro gótico por la puerta mayor de la iglesia y pasaremos por la sala **DE PROFUNDIS** del siglo XVII, seriamente dañada a causa de la inundación de septiembre.

La **ESCALERA REAL** o del **HOMENAJE** era utilizada por las visitas ilustres: duques de Medinaceli, reyes de Aragón o de Castilla, señores de Molina. Actualmente se utiliza para subir al segundo piso donde residen los monjes, que son de clausura y, lógicamente, no se visita.

Salimos por el claustro herreriano, no sin antes pasar por la tienda para adquirir los riquísimos productos del monasterio.



MEDINACELI

Salimos de Sta. María de Huerta hacía Medinaceli por una carretera que progresivamente se volvía cada vez más empinada y más zigzagueante, pero la habilidad de nuestro conductor nos volvió la tranquilidad. Pues Medinaceli se halla a 1204 metros sobre el nivel del mar.

Nos dirigimos rápidamente a la Colegiata, por temor de que nos la cerraran. Llamada de Nuestra Señora de la Asunción, fue fundada por los duques de Medinaceli y hubo que tirar diez de las doce parroquias que había para construirla.

Colegiata Nuestra Señora de la Asunción

Es de una sola nave con capillas laterales y donde se venera una imagen del Cristo de Medinaceli.

La puerta principal que se abre al Narthex es del siglo XIX. Desde el palacio de los duques se construyó un pasadizo que se terminaba en un balcón sobre el altar mayor de la iglesia, así les permitía oír Misa, otro balcón enfrente es puramente decorativo. Retablo barroco con los escudos de los duques, una Virgen gótica, una escena de la coronación, Cristo Salvador y Cristo Resucitado y dos escenas curiosas: San Juan Bautista bautizando a Jesús y Jesús bautizando a San Juan, sin la paloma que simboliza el Espíritu Santo. Órgano del siglo XVII, que no funciona, pero es bellissimo, dorado y con escudos policromados. El coro al fondo de la iglesia (curioso), ya que fue muy posterior que el coro en las iglesias ocupara el centro de éstas. Las escenas del Vía Crucis policromadas completaron la visita.

Arco Romano



A la entrada del pueblo se yergue el gran arco romano, del siglo II o III d. de J. C. de triple arquería, la central para carruajes y las laterales para viandantes. Debió ser monumento honorífico y a la vez paso

principal de la calzada que uniera Toledo con Zaragoza. Los romanos se establecieron en la antigua Occilis, celtibérica, y empezaron a explotar las salinas en el valle.

Medinaceli fue un enclave estratégico durante siglos debido a su situación sobre un cerro y la confluencia de los valles del Jalón y del Arbujuelo.

Posteriormente fue ciudad mora de la que son testigos los hallazgos de cerámica califal y la tradición de haber fallecido el caudillo Almanzor.

Mirador del Cid

Es fácil imaginar desde este lugar el paso de la hueste del Cid, ya que hay una hermosa vista del valle de Arbujuelo. En el poema del *Mío Cid* se nombra a Medina y no sería extraño que el mismo juglar, autor de estos versos, hubiera nacido en este pueblo.

*“Salieron de Medina e Salón passavan,
Arbuxuelo arriba privado aguijaban...”*

En nuestro paseo por la villa encontramos un monumento al poeta americano **Ezra Pound**. Poeta muy discutible políticamente, ya que apoyo el fascismo italiano y se opuso a la entrada de EEUU en la contienda. Pero dejando al margen su ideología, vino a España en varias ocasiones, ya que su tesis doctoral fue sobre Lope de Vega y tradujo una de las estrofas del Canto del Mío Cid.

Una placa en la fachada de una de las casas más típicas indica que allí vivió **Francisco Grande Covián**, médico e importante investigador en bioquímica y nutrición.

Castillo de Medinaceli

De origen árabe con su bella alcazaba fue residencia de los duques hasta su traslado al Palacio.

Mosaicos romanos

Encontramos un maravilloso mosaico descubierto recientemente, que se encuentra protegido por un cristal, pero se puede admirar sus elementos vegetales, cenefas, nudos que le dan movimiento y los colores muy bien conservados; se cree que formaba parte de una casa romana y era el comedor. Otros mosaicos se han encontrado en Medina que se han trasladado de lugar, pero lo complicado de la operación hace que en el futuro se dejen en su lugar de origen.



Plaza Mayor



Plaza porticada, casi pentagonal en la que destaca el **Palacio de los Duques** del siglo XVI, de estilo renacimiento de dos cuerpos, originalmente tenía dos torres a ambos lados que se suprimieron en

el XIX y que se han vuelto a reconstruir. Uno de los mosaicos romanos se encuentra expuesto en dicho palacio.

Casa consistorial del siglo XVI, es de dos plantas: la de arriba es la planta del Concejo y la inferior, la alhóndiga, es donde se vendía el grano y se hacían las transacciones comerciales.

Beaterio de San Román

Fue una de las dos parroquias que se salvaron cuando se construyó la colegiata. Se cree que fue sede de una antigua sinagoga. La ocupó una comunidad de monjes jerónimos hasta la segunda mitad del siglo XX.

Convento de Santa Isabel

De las hermanas clarisas, se encuentra adosado a la iglesia de San Martín, la otra parroquia de las doce originales con que contaba el pueblo. Fundado por la duquesa muy devota de San Francisco, cuyo cordón adorna la portada y el escudo de los duques. Desde su fundación fue colegio para niñas. Actualmente lo componen nueve monjas y venden unos riquísimos dulces que les ayuda para su sustento.

Terminamos la visita, nos despedimos de nuestra guía y nos fuimos a comer a un lugar típico de agradable decoración y buena comida.



Todo esto se lo debemos a Bruce, a Cristina y a César que con su trabajo, entusiasmo y acierto nos hicieron pasar un magnífico día. Además, el tiempo acompañó no lloviendo durante nuestros paseos.

Ana Diaz Navarro
Madrid, noviembre 2018